

César Villegas, el Wayqui

Desbordante espíritu peruano

Ernesto Sánchez Aliaga



“Estoy por llegar, solo dame unos minutos”. Viernes por la tarde del mes de febrero. Acordé entrevistar a un atípico personaje, de quien no conozco nada. San Miguel ha sido el lugar escogido. San Miguel es uno de los puntos de encuentro de miles de personas que viven en la ciudad más importante del Perú. Por aquí caminan personajes diferentes y parecidos, que se distinguen por su tez oscura, sus ojos verdes, su cabello rubio, sus semblantes acriollados, sus miradas intensas, sus gestos disidentes... son los rostros del país, donde lo nuevo se une a lo antiguo, lo común a lo extraordinario, lo extranjero a lo vernáculo. Aquí encuentro a un personaje distinto en esta nueva Lima: César Villegas, mejor conocido como el Wayqui. Él no es comerciante ni empresario ni menos oficinista. Es un cuentacuentos.

“Cuánto tiempo tomará la entrevista. ¿Una hora?, perfecto. Entonces, mejor vamos a mi lugar de trabajo”.

César Villegas nació hace treinta y un años, en Huancayo. Proviene de una familia noble

de la provincia. Desde su infancia recuerda a sus parientes contándole historias de los seres y la naturaleza del entorno. Así se forjó sin duda el encanto del futuro cuentacuentos...

“Llevo haciendo esto hace más de diez años. Es algo que me apasiona hacer. Al comienzo yo trabajaba para una transnacional como consultor en trabajo social, incluso llegué a realizar mi maestría y mi doctorado en España. Pero un día decidí que no era lo mío y emprendí este trabajo.”

Llegamos a su lugar de trabajo, una casa en el distrito de San Isidro. Distrito residencial de esa Lima abigarrada y multiforme.

“El Perú no ha forjado aún una identidad propia. Lo está haciendo, está formándose... ha habido ciertos momentos en los cuales uno se ha sentido realmente peruano. Mira cuando juega la selección, cuando alguien triunfa en el extranjero, lo que ha sido Macchu Picchu cuando fue nombrado nueva maravilla del mundo. Fíjate en los personajes que obtienen reconocimiento en el extranjero: Magaly Solier, Claudia Llosa, Mario Vargas Llosa, Gastón Acurio... Todos nos sentimos orgullosos y nos identificamos con sus nombres. Fíjate cómo ahora las clases altas escuchan la música que hace unos treinta o cuarenta años escuchaban solamente la gente que emigraba a Lima. Mira las series de televisión y el público que las ve; los temas que reflejan, sus personajes urbanos, son propios de ese nuevo Perú que está creciendo”.

Nos sentamos alrededor de una mesa grande. Aún no había dispuesto mis apuntes y

la grabadora para la entrevista, pero sabía que habíamos empezado hacía un buen rato. Todo gracias a la personalidad de Wayqui, de modo que no fue difícil formularle las preguntas que tenía preparadas.

¿Cómo decidiste estudiar Trabajo Social en la Universidad Católica? ¿No te había llamado la atención estudiar Literatura?

No solo Literatura, también Comunicación Social. Fue muy chistoso, pues recuerdo que estaba a punto de postular y me dieron un volante que decía en qué consistía la carrera de Trabajo Social. Y yo desde el colegio, a los quince o dieciseis años, trabajaba como voluntario en una ONG, haciendo la actividad de difusión, y me gustó. De esa manera decidí. Pero mi gusto por la literatura y el teatro lo seguí manteniendo, porque llevaba talleres de literatura y teatro.

¿Y cómo surgió la labor que haces actualmente?

Yo me inicié en la actuación. Fui parte de la última promoción de la Escuela de Yuyachkani, grupo de teatro experimental. Entonces estaba muy ligado a esa parte de las artes escénicas. Luego tuve la suerte de conocer a François Valleys y me gustó su arte. Seguí un taller con él y a partir de ahí comencé el camino de la narración de cuentos.

Pero buscaste un camino propio...

Empecé a explorar toda clase de cuentos. Me acuerdo que comencé con cuentos chinos. Era muy chistoso porque contaba con

un traje de chino y no me sentía bien, entonces empecé a buscar mis propias raíces en la narración de cuentos populares peruanos. Busqué la inspiración de vuelta en mi tierra y así empecé mi camino personal.

Mencionaste a François Valleys... ¿cómo te inspiró?, ¿qué aprendiste de él?

François me dio la oportunidad de conocer lo que es una narración oral escénica. Nunca había imaginado narrar historias en un escenario. Él me dio las primeras pautas. Fue mi primer maestro y le agradezco la oportunidad, que no solo me la dio a mí sino a muchas otras personas.

¿Y nunca pensaste en irte por el lado de lo narrativo escrito?

Nunca lo pensé, la verdad. Más bien sentí que era un camino natural: pasar de lo escrito a lo oral. Llevar las historias escritas por otros a la oralidad me pareció un canal muy bello. Por ahí leí una frase: "Escribir un cuento es un arte solitario, narrar un cuento es un arte solidario". Creo que es completamente cierto, porque el que escribe un cuento tiene una comunicación personal con su obra y, luego, el que la lee tiene también una comunicación personal, pero con la obra de otro. Mientras que cuando narras un cuento ante muchas personas, o aunque sean pocas, generas muchos canales y muchas lecturas a la vez.

¿Crees que es una herramienta más eficaz?

Claro. Lo narrativo-oral se utiliza en muchos países para la promoción de la lectura.

Cuando hay un libro nuevo que narrar se contrata a un narrador para que lo presente y así la gente se verá motivada a comprar el libro. También genera que la gente se interese más por el tema. Es un círculo muy sano y además funciona a la inversa, pues la narrativa oral te puede llevar a la escritura.

¿Sientes que tu labor como cuenta cuentos, difundiendo parte de la cultura peruana, tiene un cometido social y cultural?

Yo que me formé como trabajador social poseo una vena social y todo eso lo aplico en mi trabajo. Como narrador no lo puedo desligar. Hago mucho ese trabajo de intervención social con cuentos, tanto de manera individual como programática. Por ejemplo, me contrata una empresa para contar cuentos y yo cobro por eso, ya que ese es mi trabajo; pero, en otro caso, si me llama un comedor popular, igual acudo. Lo que podría pedir es que me den pasaje, un almuerzo y yo feliz. Es decir, trato siempre de equilibrar las cosas.

Y los talleres que dictas, ¿tienen también un propósito social?

Muchas veces los he hecho para ayudar. Por ejemplo, cuando sucedió lo de Ica, la Unicef nos contacta para cerrar un proceso en el sur con cuentos, porque los niños estaban traumatizados, no dormían, se peleaban entre ellos, se orinaban en sus camas. El terremoto los había trastornado. Hicimos dos semanas de taller y los niños, a través de los cuentos, soltaban sus temores. Yo usaba la narración oral como una herramienta de intervención social

y no buscaba el aplauso, no buscaba hacer un espectáculo.

¿Cómo desarrollas tu taller?

Lo primero que siempre les digo a los chicos es que nadie enseña a nadie a narrar historias. El narrar historias es un arte que cada uno lleva en sí mismo. Entonces, lo que yo hago es tratar de que encuentren su narrador interior y que forjen un propio estilo. Procuero que no hagan un calco; nunca digo: mi estilo es este y te voy a enseñar mi estilo. No, me gusta cuando a través de la narración la gente descubre a sí mismo su propio arte.

Tienes un cuento muy singular, “Los tres animales”, que tal vez represente una alegoría de lo que sería un aspecto de la serranía peruana.

Exacto, y es uno de mis predilectos. La primera versión la había escuchado de mi abuelo, pero también había escuchado varias versiones más viajando en camión por la sierra. Es muy sencillo: son tres animales: una llama, un carnero y un perro que, de manera fabulosa, demuestran sus peculiaridades. La historia la ubico en Huancayo, con todas las imágenes y costumbres propias de la provincia.

“El sueño del pongo”, de Arguedas, también es otro de los cuentos de tu repertorio.

No es el único cuento de Arguedas que me gusta contar, también están “La agonía de Rasu Ñiti”, “Agua” y otros. “El sueño del pon-

go" es un cuento precioso, pero muy difícil de contar. Lo quiero armar otra vez, lo quiero tener más seguro. Es que hay cuentos que son como caballos, son difíciles de montar hasta que se dejan... con "El sueño del pongo" siento algo muy delicado, me toca mucho, porque yo vengo de una familia que tiene sangre de pongo.

Tú tienes una singularidad entre los narradores orales y es que te gusta incorporar ritmos y elementos vernaculares; como la calimba y los quipus. ¿Cómo lo concibes?

A eso me refería con mi búsqueda de peruanidad. Los quipus eran nuestros libros antiguos. Los comencé a usar como una forma de presencia escénica, no tanto como lectura porque es un lenguaje perdido. Como sabes, los *quipucamayocs* tenían su propio código de escritura, no es que todo el mundo que los usaba escribiera igual, pero lo único que yo necesitaba del quipu era la imagen, lo visual y eso quería rescatar y ahora lo uso para los cuentos.

¿Cómo te trata el público foráneo? ¿Cómo reciben a un narrador peruano con cuentos y elementos nativos?

El público extranjero es diferente, porque allá yo soy el raro, soy el étnico, el narrador que viene de fuera... Yo trato de no ser eso. Aunque, si nos damos cuenta, el narrador de cuentos es como un puente de viajes, un túnel del tiempo; los narradores de cuento somos eso, somos una agencia de viajes económica y con las historias los narradores de cuentos te permiten viajar a otros mundos y en un tiempo en el cual todos compartimos un imaginario. Y afuera se ve el gran interés de conocer nuestra cultura y como no pueden viajar, entonces nos escuchan y la recepción siempre es buena.

Se extinguía la entrevista. El personaje que al comienzo desconocía, ahora lo entendía como síntesis de varios fenómenos. Algunos ya los había reconocido en la cotidianidad de las personas que uno conoce en su vida; otros los había visto en mi entorno o en mí mismo o los había imaginado en alguno que otro viaje al interior del país. El Perú ha tenido que crecer en tantos años sin comprobar los frutos de su desarrollo. Wayqui ama este país y sabe el significado de llevar el mensaje entrelazado de una civilización ancestral con una manifestación moderna. Personas como él hacen que asumamos con orgullo lo que significa la palabra identidad.